

Atenea

Revista publicada por la Universidad de Concepción

COMISIÓN DIRECTORA:

Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo, Salvador Gálvez y Abraham Valenzuela C. (Secretario).
Eduardo Barrios, Representante General en Santiago
Editor y Agente General: CARLOS JORGE NASCIMENTO

AÑO V

SEPTIEMBRE 30 DE 1928

NÚM. 7

Domingo Melfi

Algunos aspectos humanos del divorcio



A mujer víctima de la tiranía de un hombre carece de defensa. La mujer equivocada no tiene salvación. Esto por lo menos ocurre en los países corroídos por los prejuicios y sometidos al dominio de una moral utilitaria e hipócrita.

Se le dice a la mujer:

—No atentarás contra la honra de tu hogar. Sacrifícate...

Es cierto. Se le exige el máximo del sacrificio: tolerar. Y se le agrega:

—Existe un reino en el cual todas las virtudes que provoca la resignación le serán compensadas con supremas voluptuosidades.

Pero la realidad, implacable, sonríe desde el fondo de su cambiante ironía:

— Sacrificarse?...  Tolerar?... No... no... Esas son cosas estériles que no te serán compensadas en ningún reino hipotético. La vida, tu corazón que es superior a todo puesto que vive aneg ndose en el minuto presente, te dice que eres la víctima de la implacable ceguera ajena.  Por qué tolerar la repugnancia, el envilecimiento, el cinismo, el mal, la embriaguez, el sórdido ego simo?... Tienes derecho a vivir conforme a tu sentimiento, a tu corazón...

PERO EL HOMBRE...

Sólo que el hombre es cruel y orgulloso y su dominio sobre él, pasajero y eventual... En última instancia, es siempre el hombre quien triunfa, quien vence, quien impone su señorío. La servidumbre sexual es la más terrible, sin duda, de las servidumbres. Quizá cuando el hombre cree dominar a una mujer es cuando más profundamente ha sido vencido y casi aniquilado por el garf o sutil de su carne. Esta es la tragedia espantosa de los sexos. Pero sobreviene el día negro, la noche definitiva... Y el hombre se liberta, se desprende, sangrando quizá, hecho trizas su orgullo, su inconmensurable amor propio, y entonces salta de nuevo a la vida. Y la vida, generosa y milagrosa, le entrega una nueva mujer. Un nuevo motivo para enorgullecerse, para ser el dominador, el amo... En ese momento ya no le importan al hombre ni la ofensa, ni la humillación, ni el ridículo. Es  l. El hombre... El vencedor...

La mujer no tiene más armas que su sexo en el duelo formidable. Si lo somete, es sólo de momento. Vivirá con el presentimiento de perderlo porque la naturaleza humana es contradictoria y en cada hombre, hay un pequeño don Juan pronto al asalto...

En los pueblos de fuerte individualismo, en los que la mujer está dotada de reservas y de recursos superiores para la lucha por la vida, el duelo pierde la intensidad agresiva y el carácter de cobardía que asume en las sociedades indefensas. Entre nosotros es corriente el caso del hombre casado que tiene más de una querida. Y es corriente el caso de la mujer envilecida, sometida y humillada, por prejuicio y por pobreza... Cuando se decide a saltar la valla, es para naufragar en la ciénaga. El mismo hombre que la empuja al mal, la despreciará en seguida, por liviana y por frágil...

En este sentido, no obstante todas las apariencias de liberalidad que se intenta dar a la vida, continuamos siendo un país primitivo. Nos hemos equivocado un poco. Creemos que con ir a los cabarets, con sentarnos a mirarnos en los salones de té, o con asistir a los bailes de solteros, hemos caminado muchas millas en la cultura y en la civilización. La mujer sigue como antes, siendo la víctima en todas las sobremesas biológicas o sentimentales. Igualmente la muerden el chisme, el veneno o la injusticia. La piedad se hiela ante ella. Somos crueles, porque su fortaleza interior para defenderse del mal es mínima y sabemos que es dócil a la corrupción. Y no nos conmovemos para corromperla.

Vida triste y contradictoria la de la mujer. Poema a menudo trunco, doloroso, cambiante, cruzado de som-

bras y de resplandores. De un lado las creencias, los prejuicios, las formas vagas del sueño. Del otro una doble realidad impulsiva, dominadora, enérgica: la realidad biológica y la realidad sentimental...

LAS VOCES DISPERSAS

El «sacrificate» y el «libértate» se empeñan en ella en un rudo embate, sin piedad.

—Comienzas a envejecer—dice la voz dulce y capilosa—; tus sienes quedarán marcadas, por los caminos ligeros que imprimen la ansiedad insatisfecha y el dolor mudo... Tus ojos brillantes perderán la viveza, tus cabellos se llenarán de ceniza, tus labios se plegarán como dos lombrices enfermas. Y en el rincón de tu boca que pudo ser fuente inexpresable de goces, se amontonará la negra pesadumbre de haber vivido en vano... Tu cuerpo se hincha con las reservas inútiles que no lograron ninguna dicha... Tus pies se doblan y tus rodillas enflaquecen o se agrandan demasiado... Sé tú misma... ven... ven...

Y se yergue entonces la voz áspera y grave del sacrificio, como una salmodia de renunciación:

—Renacerás en la vida pura, con una noble belleza, porque supiste encadenar los estridentes lebreles del mal... Resígnate. Nada hay superior al goce del sacrificio, a la voluptuosidad de comprender que nos elevamos sobre las torpes realidades. La vida es inútil, si no la ciñes con el luminoso círculo del bien. Tu bondad te hará superior al goce efímero, porque te enseñará el camino para convertir las piedras en frutos y los ríos de fango

en remansos de diáfana frescura. No escuches el canto de las voces maléficas que te arrastran al torbellino infernal, en donde perderás la fe, y sólo quedará en tus labios el áspero sabor de ceniza de que habla el Eclesiastés...

A veces vence el sacrificio. Son mentalidades conformadas en largas disciplinas, en un concepto muy fuerte de la fe y de la resignación; o bien temperamentos tímidos, encogidos, presionados por los prejuicios. Estos espíritus arrastran su cadena material y forman la legión de las suplicantes. Su indiferencia fisiológica las ciñe como una coraza y van por la vida mostrando un rostro opaco, entristecido. Resignadas.

En ocasiones vence la liberación. Son espíritus rebeldes a la ley y al sacrificio. Voluntades que irrumpen hacia el camino para encadenar la felicidad y llevarla empuñada en su mano nerviosa y dolorida...

EGOÍSMO

¿Pero qué derecho hay para encadenar a una mujer al yugo de la maldad o del egoísmo? Se le permite al hombre ser el señor de todas las mujeres y convertir a la propia en su *favorita*... No se le tolera a la mujer buscar el camino de su felicidad. Su naturaleza frágil y delicada, nutrida en una sensibilidad casi milagrosa, se endurece, se vuelve hostil y fría, cuando el hombre la envilece con su materialismo o con su egoísmo. Se aspira, pues, a crear el disimulo, la perfidia, la hipocresía en el hogar. Y cuando la mujer quiere alcanzar con sus manos temblorosas el fruto de la vida, el resígnate le

cierra el paso y le muestra los senderos del dolor y de la resignación...

Existen hogares que son el marco de tragedias cotidianas, de suplicios permanentes. Existen otros que son ciénagas pútridas, cuyo fango salpica a los hijos. Sin embargo el *resignate* no se detiene ante la desolación de los hijos. Los aparta, para mostrar a la mujer la resignación estéril e irónica.

El sacerdote, como el médico, conoce las confesiones acerbadas de muchas mujeres, víctimas de brutales y sórdidas miserias. Sabe cómo se sufre en los hogares desequilibrados. Conoce no sólo la lacra moral sino la lacra física. Pero en el nombre de una moral inflexible, se las condena al martirio de una simulación que acaba por desgarrar sus espíritus. Y cuando un día, desesperadas ya por el sufrimiento, se arrojan ciegas a la vida, cae sobre ellas la condenación implacable.

No sabemos aplicar la justicia sino de acuerdo con nuestros intereses inmediatos y carecemos de guías seguros para penetrar en el dominio misterioso de la sensibilidad.

EL NEGOCIO MATRIMONIAL

En una época materialista como la presente, entregada casi en absoluto al señorío sensual, la condición de la mujer es precaria. Sería necesario educar a la juventud en una forma muy noble, para que la mujer estuviera garantida en su vida matrimonial. El matrimonio actual —al menos en un porcentaje muy elevado— tiene el carácter de un simple negocio. Suele ser el extremo recur-

so de fortunas maltrechas, a punto de hundirse o bien la solución desesperada de crisis sexuales dolorosas. Los sentimientos elevados cuentan muy poco en estas uniones efímeras, ceñidas de ordinario por el hastío o el rencor. Cada mañana muchos hogares modernos recogen en sus riberas desoladas, restos de naufragios... Continuamente se oye hablar de matrimonios deshechos, de quiebras sentimentales, de tragedias íntimas que sobrecogen el ánimo. La mujer desvalida vuelve al hogar de sus padres o a la vida turbia del peligro. Cuando se resigna, es muchas veces sólo en la apariencia.

El peligro en la mujer subsiste, a pesar de los tiempos nuevos. Quizá exageramos un poco en lo que se relaciona con los conceptos de independencia y liberación. Al tradicionalismo estrecho que negó a la mujer sistemáticamente todo derecho, opusimos una extraña concepción libertaria. Para esto era preciso, antes, una educación espiritual y biológica muy sólida y un vigor de corazón, capaz de conceder a las intemperancias y a los arrestos del hombre, un precio módico... Pero en nuestra sociedad materializada por la triple crisis, económica, educacional y política, la mujer está indefensa. Sola ante sí misma y sola ante el hombre. ¿Qué esperanza puede abrigarse en una juventud que sólo da importancia al dinero y al goce material? La tradición del respeto a la mujer se ha perdido o va perdiéndose. «Los hombres os dejan de pie en los tranvías» —gritó el irónico y disolvente Anatole— y vuestro culto se acaba con los viejos cultos...

Observación amarga y dolorosa y no por eso menos certera. Se dirá que el culto no ha envejecido. Que los

hombres aun se matan por ellas... Excepciones... Vemos cada día a qué precio conquistan las mujeres, a veces el derecho a ser felices...

La mujer está pagando ahora con la misma moneda. Al materialismo del hombre ha respondido con idéntico materialismo. Para defenderse de la soledad ha buscado el vértigo del placer o del lujo, con una desesperación que suele llevarla más allá del bien y del mal, y como sabe que es el centro de la vida, en torno del cual gira la locura de ser y de pensar, vive sólo las sensaciones presentes, aniquilándose en cada angustia, disolviendo su corazón y su esperanza en un desequilibrio vehemente y amargo... ¡Es un signo de los tiempos!

La mujer que puede valerse sola y es capaz de afrontar las contingencias de la lucha por la vida, resuelve por sí misma sus problemas sentimentales. Es cierto que la vida es áspera y brutal y en cada vuelta de esquina opone una amargura a cada deseo; pero es que el egoísmo sexual del hombre le ha indicado esas rutas.

Muchos matrimonios de hoy son vulgares captaciones de herencias; asaltos en despoblado. Y la mujer queda empobrecida e inerme, sola con su angustia y sometida, de por vida, a la tiranía de un hombre. Los errores irremediabiles, las revelaciones brutales de la vida íntima, las villanías o los engaños, el envilecimiento de la mujer a la que la sorda lujuria del hombre somete al rango de una prostituta... ¿no constituyen acaso los caminos seguros de la disolución y de la quiebra moral de los hogares?... ¿Quién salva a esas mujeres y a esos hombres víctimas de fatales errores?...

El «resígnate» de nada sirve en estos casos. La con-

formación de la mujer por muy fuerte que sea en su estructura moral, acaba por desgarrarse. La visión de un consuelo, irónico y vano, es insuficiente para esa sensibilidad que había hecho madurar para el amor sus más bellas ilusiones y que un zarpa-
zo ensoberbecido de la materia arroja manchadas al fango. Y no tenemos derecho para negar a seres ávidos de felicidad el camino para encontrarla...